

MARTÍN GUTIÉRREZ, EMILIO Y RUIZ PILARES, ENRIQUE,
La Bahía de Cádiz y sus almadrabas. Recursos naturales. Paisajes. Sociedades (siglo XV), Sílex Magnum, Sílex Universidad
Madrid 2023, 205 p

JOSÉ ANTONIO RUIZ GIL
jantonio.ruiz@uca.es

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ¹

[Recibido 28/01/2024; Aceptado 29/01/2024]

La Bahía de Cádiz y sus almadrabas es una cuidada edición que Sílex Magnum, en su colección Sílex Universidad, nos brinda para acabar el año 2023. Para esto ha sido necesario el apoyo financiero del proyecto de investigación GUADAMED “La interacción sociedad-medioambiente en la cuenca del Guadalete en la Edad Media”, a su vez cofinanciado por el FEDER y la Junta de Andalucía. Subtitulado conceptualmente *Recursos naturales. Paisajes. Sociedades (siglo XV)*, nos sumerge en los océanos del conocimiento en que navegan sus autores Emilio Martín Gutiérrez, Catedrático, y Enrique Ruiz Pilares, Profesor, ambos del Área de Historia Medieval de la Universidad de Cádiz.

Dos apasionados por su trabajo, la Historia Medieval, dos magníficos conocedores del territorio bajo andaluz, dos investigadores apasionados por la innovación. Sin dobleces ni complejos nos muestran un contenido de estructura muy simple:

¹ Profesor contratado doctor del área de Prehistoria de la Universidad de Cádiz. Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras, Avda. Gómez Ulla, s/n, 11003, Cádiz, ESPAÑA.

José Antonio Ruiz Gil, reseña a: E. Martín Gutiérrez y E. Ruiz Pilares, *La Bahía de Cádiz y sus almadrabas. Recursos naturales. Paisaje. Sociedades (siglo XV)*, Sílex Magnum, Sílex Universidad, Madrid 2023, 205 p. *RIPARIA* 9 (2023), 99-106

una oportuna selección de un párrafo de la Canción del Pirata del escritor gaditano Fernando Quiñones abre boca a un menú de dos capítulos por autor, precedidos de una introducción, y rematados por las conclusiones y la bibliografía.

Esta sencillez no resta contenido. Un trabajo con objetivos claros que se desvelan desde la introducción. Es un elemento clave para entender el conjunto del libro y se denomina muy acertadamente Estudio Introductorio, y se debe al Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cádiz Lázaro Lagóstena Barrios, especialista en comercio antiguo, pesca, y envases cerámicos. Hay un objetivo implícito en esta investigación, cual es evidenciar la trazabilidad de esta industria pesquera medieval. Para esto es para lo que sirve este “introito”, pues nos marca exactamente los parámetros que hemos de evaluar para valorar la permanencia y el cambio a través del tiempo. En esta línea cobran sentido las páginas que Emilio Martín dedica a comentar la existencia de almadrabas en la documentación escrita en Rota (1285), Vejer (1285), Conil (1299) y Gibraltar (1310), que permitirían considerar como muy verosímil la existencia de almadrabas (*sensu lato*, como apuntaré más adelante) entre los almohades.

El texto se lee muy fácilmente y está muy bien escrito. Cuenta con un aparato de citas muy amplio y bien escogido. En algún caso la cita está tan adecuada al original que se puede intuir el error ajeno, como en el caso de la nota 39, donde se culpa a la erosión costera en la punta de Santa Catalina de El Puerto de Santa María el desplome de la torre vigía y el resquebrajamiento de las murallas del castillo. En la cita se pasa por alto que el muro del mar de la fortificación fue volado en 1810 con motivo de la Guerra de la Independencia. Alguna nota se queda corta, es una excepción, como la 43 de la página 41, sobre los efectos del

maremoto en Conil, donde se echa en falta la tesis doctoral de Verónica Gómez Fernández².

El texto contiene alguna digresión que otra, solo para explicar puntualmente alguna cosa. Pero en general está muy centrado en las almadrabas de la Bahía de Cádiz: Bahía, Torres de Hércules, Sancti Petri y Punta Candor. La primera se concreta en las proximidades de donde estuvo el baluarte de San Felipe, hoy día Plaza de España. La de Torres de Hércules, de la que se sabe con seguridad que tuvo una torre atalaya edificada en 1485-1486 (p. 78), actualmente en la Playa de Torregorda. Sancti Petri, la tercera, lugar utilizado como cantera, donde se pescaba con arpones. Estaría situada en la Punta del Boquerón (p. 183), en la costa frontera al lugar elegido por el Consorcio Nacional Almadrabero en 1925. Finalmente, en el lugar marcado en 1871 como playa de la almadraba, hoy Playa de Punta Candor en Rota y que reconoce que es la que nos llega hasta bien entrado el siglo XX (pp. 83-84). En este caso no estoy de acuerdo con el nombre adoptado, pues esta almadraba se conoce como de Arroyo Hondo. No es cuestión de nombres, sino de asociar, cuando se pueda, las zonas de captura con las desembocaduras de ríos, motivo de la afluencia de los cardúmenes.

Si bien el libro está muy focalizado en las almadrabas, no es menos cierto que podemos encontrarnos con algún que otro arte de pesca no relacionado directamente con los atunes, aunque sí con el paisaje de la Bahía de Cádiz en aquellos años. En este sentido, los corrales de pesca son monumentos genuinos de la costa gaditana por motivos puramente geológicos. No insistiré en esto, pero sí en el origen, pues en nota 46, citando un trabajo de Ramos Millán de 2016 relacionan los corrales con los bereberes,

² GÓMEZ FERNÁNDEZ, V. *Estudio Histórico-Arqueológico de los efectos del Maremoto del 1 de noviembre de 1755 en la Chanca de Ducado de Medina Sidonia en Conil de la Frontera, Cádiz*. Tesis Doctoral. Universidad de Cádiz 2015.

cuando López Amador y Ruiz Gil citan paralelos más antiguos y más cercanos geográficamente³. Estos corrales se extienden desde Sanlúcar hasta Barbate⁴.

Como escribí antes hay dos capítulos que se atribuyen a Emilio Martín, son los dos primeros dedicados a “Ecosistemas. Recursos naturales. Acción antrópica”, y “Los paisajes de almadrabas”. Me parece especialmente reseñable la documentación que aporta sobre el paisaje. Al igual que nosotros hoy día, en el siglo XV se diferenciaban dos partes en la bahía gaditana, la “baya” y la “albuhera”, el punto de inflexión se ubicaba en un lugar que estaba a una distancia –dos tiros de ballesta (sic)– del Puntal (Puntales para nosotros). Este lugar se llamaba Ruy Paes. Pues bien, desde Ruy Paes hacia la Isla, actual San Fernando, la Albuhera, es “...una canal que entra de la Baya e por la otra vanda de la mar que viene de Santipietro...” (pp. 22-23). Esto es muy relevante, pues a mi juicio se refiere a que el saco interior estaba comunicado con el caño de Sancti Petri, como hoy, y formaba una unidad, es decir, que debía haber menos tierra y presentar mucha más agua que la que vemos actualmente.

Además, concreta la peligrosidad de la entrada en la bahía por la existencia de bajos rocosos y bancos de arena, como los de El Diamante y Las Puercas, que conformaban “...tres breves y anchos canales de abundante agua...” (p. 25), que obligaba a que las naos orientaran su entrada guiándose con la posición de Medina Sidonia y el campanario de Puerto Real (una vez que se construyó). En resumen, un paisaje algo diferente al actual, más

³ LÓPEZ AMADOR, J.J. y RUIZ GIL, J.A. “Corrals, Sabaleras and Pulperas”, en BEKKER-NIELSEN, T. & BERNAL CASASOLA, D. (eds.), *Ancient nets and fishing gear: proceedings of the International Workshop on Nets and Fishing Gear in Classical Antiquity: a first approach*: Cádiz, noviembre 15-17, 2007 (2010), pp. 327-332.

⁴ ABAD CASAL, L. y ROMERO PÁRAMO, A. “Aportaciones al estudio de la pesca en la antigüedad”, *Habis* 2, 1971, pp. 209-222.

tierra emergida por el lado de Cádiz y más agua superficial por la banda de Sancti Petri.

Este paisaje marinero se complementaba con el paisaje salinero desarrollado según los autores en el último cuarto del siglo XV y primeros decenios del XVI, en el que debía de integrarse lo que denominan el “binomio almadrabas-salinas”. Es decir, que, aunque se refieren en el texto a un buen número de salinas, no todas tienen un claro uso almadrabero. Por ejemplo, las salinas de Zurraque se citan en función del territorio, o las de Casarejos se asocian a una pesquería no atunera.

Este binomio paisajístico es el característico de la almadraba de Hércules (pp. 62, 66, 144 y 146), respaldado por construcciones que, aparentemente, no nos han llegado (tampoco se ha excavado en el lugar). Estas construcciones, una Casa de la Sal y una casa de almadraba o chanca, son las que en esa misma época existieron en El Puerto de Santa María. Muy interesantes resultan los datos referidos a la entonces villa del ducado de Medinaceli. A las citadas salinas de Charles de Valera podemos unir los datos referentes a García Salán de San Juan en 1484 pues además de las salinas, nuevas y viejas, considera el molino de mareas que había en el caño que nutría las salinas (p. 28). Además de este molino había otro del duque (p. 46), que no sabemos si puede ser el atribuido a Charles de Valera, molino que las referencias históricas sitúan en la margen derecha (el *Castel de Ferro*), aproximadamente en el estribo del antiguo puente San Alejandro. Al contar gracias a los autores con dos molinos la atribución resulta algo más entretenida, sobre todo sin evidencia arqueológica.

Hace tiempo que perseguíamos la idea de que pudo haber un arte de pesca del atún en El Puerto bajomedieval, pero no lográbamos encontrar nada sólido. Emilio Martín y Enrique Ruiz nos han dado la explicación: la pesca de atunes con arpones y

cazonales (pp. 61 y 91-92), ya documentada en la Ceuta del siglo XII por Al-Idrisi (p. 60). No sería un caso aislado, pues los autores así lo plantean para la almadraba de Sancti Petri. Se trata de un concepto de almadraba más genérico que arte especializado.

Un detalle al que le dedican poco espacio, aunque lo dominan plenamente, es el de asociar al sabor salado el dulce de las uvas. Hacen una referencia a las viñas en arena con alusión a las situadas en el cabo menor (año 1468) y en el cabo mayor (p. 44) de Cádiz. Apunto este tema porque es un asunto de porvenir pues se trata de un sistema de cultivo resiliente y sostenible.

Una cuestión muy actual es la que hace referencia a la antropización del medio natural, que Emilio Martín denomina “intervenciones en ecosistemas sensibles”. Aquí sí encontramos referencias que exceden el marco cronológico del estudio, pudiendo llegar hasta el siglo XVIII, como la cita a la primera draga de la canal de la bahía en 1737. No obstante, los datos que se aportan para el periodo de estudio apuntan en el sentido de considerar todo lo relacionado con el mar como competencia pública. En esta línea se visualizan normas e instituciones para la más adecuada gestión de este espacio de uso común. Dos son los lugares citados, Cádiz y El Puerto de Santa María, y dos los temas recurridos: la limpieza y salubridad, y la vigilancia del lastre.

En la historiografía no solemos encontrar muchas llamadas de atención al lastre que portaban las embarcaciones. Sin embargo, en el caso gaditano esto es diferente pues se conserva la documentación no solo de la existencia de Ordenanzas de Lastre tanto en Cádiz como en El Puerto, sino de un pleito sobre él que enemistó a los dos concejos (p. 50). Lo que me interesa señalar es que en el pleito se toma declaración a una serie de personas y son ellas las que establecen una relación de causa-efecto entre el aumento del comercio de sal y la suelta de lastre con la escasez de

atunes y la pérdida de la almadraba de Bahía (p. 48). En concreto, en 1541 se dice que es el lastre quien ha recortado la profundidad que había 15 o 20 años atrás (p. 94). En mi opinión es un magnífico dato, no porque crea que la sedimentación de la bahía esté relacionada con el lastre naval, sino porque coincide con un período de grandes avenidas al inicio de la Pequeña Edad del Hielo. Esta hipótesis la propongo en relación a la confección de las ordenanzas de Zahara y de las Cuatro Villas⁵, especialmente cuidadosas con las talas abusivas, que culminan con la desaparición de Archite por un corrimiento de tierras a mediados del siglo XVI⁶. Este es otro tema de investigación con futuro que dejan abierto los autores, la correlación de datos históricos con *proxys* climáticos.

Con respecto a los capítulos debidos a Enrique Ruiz Pilares, quiero hacerles un par de comentarios. El primero hace referencia al negocio del atún como industria en desarrollo por parte “artesanos-comeriantes”, como versa en el título, o de “artesanos –mercaderes” como aparece en el texto. Una industria que mira al cercano Algarve portugués pues allí se habían ubicado en esa época los atuneros sicilianos (p. 73). Desde el Algarve llegan a la bahía nuevas técnicas, como el boliche (1490), si bien parece que su origen es mediterráneo, no aclarándose si de Sicilia o de otro lugar (p. 153). Esta innovación se acompañaba de inversiones en el caso del marqués de Cádiz (p. 99), por lo que los autores nos permiten entrever diferentes formas de gestión.

⁵ FRANCO SILVA, A. *Las Ordenanzas de Zahara de la Sierra*. Cádiz: Servicio de Publicaciones, Diputación de Cádiz, 2008; IGLESIAS GARCÍA, L. “Porque ha auido mui grande deshorden”: *Las ordenanzas de las cuatro villas hermanas de la serranía de Villaluenga*. Jerez de la Frontera: Peripecias Libros, 2020. 152 pp.

⁶ GUERRERO MISA, L.J. “Archite: excavaciones de Urgencia en un poblado bajomedieval de la Serranía Gaditana”, *Papeles de Historia*, Actas del I Seminario de Historia de Ubrique, 1, 1986, pp. 26-31.

Consecuentemente con esto que decimos, se plantea que la industria almadrabera formara parte de redes comerciales a larga distancia. En resumen, que “*Cádiz y su bahía a finales del siglo XV jugaba un papel crucial como lugar de almacenaje, redistribución y exportación de mercancías...*” (p. 177, nota 211), cuestión con la que estoy totalmente de acuerdo, pues así lo tengo publicado en mi Tesis Doctoral “Arqueología de la Bahía de Cádiz durante la Edad Moderna” (1999), donde propuse la ubicación de un almacén con loza valenciana de exportación en las galerías del Teatro Romano de Cádiz, cerámica que para este periodo citado en el libro (finales del siglo XV y principios del XVI) se estaba sustituyendo por producciones alfareras de Sevilla-Triana y Liguria.

La otra cuestión que quería comentar sobre lo escrito por Enrique Ruiz es la enorme capacidad que tiene la Arqueología, en este caso las Histórica y Urbana, para complementar contextual y patrimonialmente toda esa maravillosa documentación con la que nos animan. Se pueden citar más cosas, pero cuando habla de “*Una sociedad en movimiento, de la temporada de almadraba*”, nos encontramos con esas apelaciones a las Aceñas del Rey (p. 169), desubicadas, cuando no ha mucho que han sido excavadas en La Corta, no muy lejos de la Cartuja de Jerez. Y no olvidemos esa nota en la que nos apunta cómo eran los bodegones de la ciudad de Jerez en esa época (p. 140). Se pueden localizar... y ahora toca excavarlos.

Abrevio, un libro de lectura apasionante, incluso excitante por la cantidad de ideas plausibles que genera, incluso para aquellos que no somos especialistas en el siglo XV, pero que sí vemos diacronía en los recursos naturales, en los paisajes, y en las sociedades de la Bahía de Cádiz. En definitiva, para aquellos que entendemos que nuestro patrimonio natural “...forman los intervalos de las ciudades...” (p. 28) dando forma a la conurbación actual de la Bahía de Cádiz.